

LIBROS Y REVISTAS

Cartagena de Indias. Libros de historia y arte no son frecuentes en la bibliografía colombiana. Pero libros trascendentales sobre la historia y arte de las ciudades colombianas faltan por completo. Y eso que casi todas las ciudades y pueblos históricos de Colombia no pueden quejarse de carecer de una monografía. Las tiene Popayán, las tiene Tunja, las tiene Cali, Pasto, Ibagué, Bucaramanga y las tiene Bogotá. Pero no son estudios profundos ni concisos, ni responsables. Son visiones apasionadas, cuando no pasan de informativas. No son leales.

Fue Cartagena, la fortaleza más importante de la Nueva Granada y tal vez de Suramérica, la que ha merecido un primer gran estudio serio.

Se trata del libro, apenas sí conocido en Bogotá, "Cartagena de Indias" por Enrique Marco Dorta. Ed. Alfonso Amadó, Cartagena. 1960. — 55.00

Se trata de una síntesis de historia y arte de la ciudad, sus murallas, sus fortalezas, sus iglesias, sus conventos de una obra anterior publicada en España en 1951. Exactamente hace diez años.

Marco Dorta es el historiador más versado hasta el presente del

arte hispanoamericano "in situ" en una forma rigurosamente científica. Tal vez pocos como él, han recorrido con despacio los monumentos coloniales de Colombia, Ecuador, Perú y México.

Al lado de su insuperable maestro Diego Angulo Iníiguez, Marco Dorta ha escarbado los archivos de las Indias y ha revaluado muchos conceptos y muchos autores del arte hispanoamericano.

Pero indudablemente es el mejor historiador del arte colonial en Colombia, cuyas monografías sobre Tunja, Bogotá y otros monumentos coloniales de Colombia no han sido superados, y para decir verdad ni siquiera han sido intentados. Las obras, excelentes, de Guillermo Hernández de Alba, Luis A. Acuña y otros más no han pasado de buenos ensayos que prometían mucho, pero ya van muchos lustros que no se renuevan.

Marco Dorta en sus obras es tal vez exageradamente sintético en sus juicios artísticos y exageradamente analítico en los hechos históricos. Para el arte sería preferible lo contrario.

Cartagena de Indias es una obra responsable, estilísticamente hiperbólica y recargada, cosas que raras veces se le escapan a la ampu-

losidad y palabrería española. Pero en cambio es una obra llena de fichas eruditas, de consultas archiveras, de legajos recién desempolvados. La narración es viva, salpicada de citas y referencias, pero no había para qué abusar de las digresiones, que en realidad poco o nada contribuyen a la claridad histórica.

La presentación de la obra es buena, las fotografías satisfactorias, solamente el forro es detestable. En nada acredita la seriedad de la obra.

Historia. Como documentación histórica, Cartagena de Indias es un libro excelente. Parece que Marco Dorta quisiera agotar para siempre la materia. Las citas y las referencias se multiplican. Las biografías de los arquitectos y gobernadores, las descripciones de iglesias y fortalezas exhaustivas.

Algo ingenuos, sin embargo, resultan sus juicios históricos. El autor exagera la rigurosidad científica y su orden cronológico y biográfico llega al pedantismo, con verdadero detrimento de la misma claridad, tan indispensable como la erudición.

Arte. Los juicios críticos sobre el arte y la arquitectura colonial de Cartagena son verdaderamente clásicos, demasiado clásicos, en el sentido de la crítica del arte hispanoamericano.

Tal vez exageradamente minucioso en detallar los capiteles o los arcos de medio punto, en determinar el número de columnas o el lugar de donde fue traída la piedra y el material de la construcción y en cambio falte un juicio más general del arte en sí mismo. De poco sirven los mapas y los planos de las construcciones para

un crítico de arte. Falta una apreciación de conjunto. Una visión general, como ocurre con la magna historia del arte hispanoamericano, de la cual es principal colaborador Marco Dorta.

En resumen, Cartagena de Indias, es la mejor obra que se ha escrito sobre cualquier ciudad colombiana. Puede tener defectos y españolismos, pero eso no le resta el mérito. Ojalá la Santa Fe de Bogotá merezca un estudio igual o mejor. Ojalá la ciudad de Popayán tenga un historiador tan serio, tan erudito y tan leal como lo tuvo Cartagena de Indias.

Gostautas.

Revista Colombiana de Antropología. Yo no comprendo cómo una Institución debe ser juzgada por su publicación, según la insinuación de ciertas personas. Pero, entonces, cómo, con qué bases juzgamos las instituciones que no tienen o no pueden tener publicación alguna? Es absurdo. Una institución es una institución y una revista es una revista. Lo primordial de una institución cualquiera no puede ser una publicación y por lo tanto no se la debe juzgar por ellas. Allí, ya intervienen factores de muy diverso valor como los económicos, el personal, las oportunidades.

Revisando las publicaciones de otros países hispanoamericanos sobre este mismo tema, hallé que no es Colombia, precisamente la primera. Qué tal si se nos hubiese ocurrido estudiar el Instituto Colombiano de Antropología por su publicación.

La Revista Colombiana de Antropología en su volumen IX publicado en 1961 (332 pág.) nada nuevo nos agrega a su ya larga trayectoria desde 1951. La misma rutina. La misma monotonía. Los mismos "escritores". El mismo rigorismo científico, que lleva al otro extremo de la ciencia desmenuzada e inasequible. No es la misma volubilidad de la revista del Instituto Etnológico Nacional o Boletín de Arqueología de los años 1943 y siguientes. Y es una lástima. Lo que estaba tan bien comenzado debió ya estar muy lejos.

La revista, hoy por hoy, no cumple la misión de informar e instruir. Ni siquiera intenta despertar el interés o la inquietud por estas ciencias en Colombia. Cumple una misión de rutina, sin entusiasmos, sin esperanza.

La Revista no cumple con ninguna función social. Es una solitaria isla de estudios sin conexión alguna. No basta ser un excelente documental si no hay orden ni plan preconcebido. Los estudios son esporádicos, inconclusos, científicos, es cierto, pero hasta el colmo del aburrimiento.

¿Y los demás antropólogos qué hacen? ¿Dónde están los doce o catorce, pocos, pero ese es el número que no cuentan en el órgano? ¿Cuál es la labor de la antropología nacional? ¿Qué opina el mundo científico sobre la antropología colombiana (no me refiero a las cartas de cortesía)?

Estas y otras son las preguntas que espera el lector hallar resueltas en la Revista y sin embargo ya hace diez años que no las encuentra. ¿Por qué?

El mal de la Revista no está, pues, ni en lo "exageradamente"

científico que algunos sin fundamento lo tachan, sino en lo poco funcional de la publicación. Y estamos en la época de lo funcional. ¿Qué nos dice la revista sobre la antropología *actual* colombiana? ¿No hay problemas? ¿No hay inquietudes? ¿Acaso no es ese su fin primordial?

A Colombia y aun a la ciencia antropológica muy poco le interesa "Historia Colonial y nombres indígenas de la Palma de Pibijay" o el "Centenario de Humboldt".

Lo único que logra salvar el prestigio de la publicación son los dos estudios de Gerardo Reichel Dolmatoff: "Notas etnográficas sobre los indios del Chocó" y "Contribuciones al conocimiento de las tribus de la región de Perijá". Dichos estudios abarcan un total de 130 páginas de las 330 del total. Es decir la Revista Colombiana de Antropología se está convirtiendo en una Revista del Doctor Reichel. Y eso en todas las entregas.

Pero por lo menos hay que reconocer que sus estudios son serios, responsables, meticulosamente analizados y como todas sus obras, por eso mismo se hacen casi ilegibles. Para enfrentársele hay que tener una buena dosis de paciencia y constancia. Hay que tener las famosas "posaderas" del alemán. Ni los mismos antropólogos, según me lo han dicho personalmente, pueden con esta comida científica.

Sin embargo hay que hacerle justicia al arqueólogo que más se ha afanado por las tierras de Colombia, que en esta ocasión sus estudios son más interesantes y hasta más amenos.

Pero lo demás, con excepción de Virginia Gutiérrez de Pineda, muy poco o nada tiene que ver con la

antropología. Ella nos hace un pequeño estudio sobre el odio y los antagonismos de la comunidad. Es el único estudio que tímidamente enfoca los problemas sociales de Colombia con relación a los diversos grupos étnicos.

Muy interesante pero fuera de lugar es el estudio de Vicenta Cortés Alonso sobre los santuarios indígenas de Boyacá. Más que un estudio indigenista, como parece, es una excelente monografía histórica y los primeros años de la conquista.

El espacio que todo eso ocupa desmerece el título de la publicación. Y eso es importante. Qué fantástico sería si cada año tuviésemos 332 páginas de antropología y nada más que antropología en todas sus ramificaciones. Que los trabajos no fueran sacados de los archivos sino de los trabajos "in situ" y con las últimas conse-

cuencias. Las comunidades indígenas, los grandes centros arqueológicos, la sociología del pueblo colombiano lo espera angustiosamente.

Y ahora la bibliografía. No podía ser más ridícula. En lugar de estudios serios e informativos sobre todo lo que se publica en el mundo de estos temas, se nos dan "extractos" de publicaciones que son muy buenas pero que no nos informan nada. Bien pudiera el Instituto hacernos ver qué es lo malo y qué es lo bueno y evitar-nos los bochornosos adjetivos como: "inapreciables", "de sumo interés", "mérito indiscutible", "encomiamos", "meridiana claridad" etc., que nos aburren con su ingenuidad. De un Instituto, de una Revista podemos y debemos esperar mucho más.

Gostautas.